

EL COVID-19, UNA LECTURA SIN TRINCHERAS.

Arnoldo Aguilar B.

Frente a la entropía informativa bajo el tema de la "pandemia del Coronavirus COVID-19" comparto otra vía para su consideración. Mientras el escándalo mediático se cierne sobre el avance del virus y el impacto que provoca a nivel internacional; el tema se presta para que en las conversaciones cotidianas se intercambien datos y se mida una postura personal frente a otras. La persona escéptica, la fatalista, la analítica, la tecnócrata, la religiosa y otras más pueden entramar una conversación, racional o no, desde cada una de sus perspectivas. Pero ¿cuál es la lectura apropiada? ¿Acaso puede haber una?

Mientras emerge una respuesta frente a esta interrogante, y mucho más allá de los datos "sagrados" que ofrecen objetividad, podemos y debemos considerar que tras aquella entropía y aquellos intercambios de opiniones, está la lectura de quienes, probablemente, llevan la peor parte en esta historia.

Me refiero a todas las personas que, más allá del manejo de los datos y de la especulación, de súbito verán en sus propios cuerpos o en sus familias esos síntomas de los que tantos expertos hablan alrededor del mundo. ¿Sabrán cuál es su diagnóstico? ¿Sabrán si están siendo parte de una cifra que manejan los protagonistas de los medios de comunicación o las autoridades? Realmente, de qué sirve eso. Al final serán convertidos o convertidas en una cifra, quizás "unidad de millar" o "decena de millar" ¿quién sabe?

Son quienes no tienen trincheras para encarar el Coronavirus, las personas que han muerto y quienes aún morirán por este flagelo. Sí, los de siempre, allá en la base social de las naciones. Personas viviendo o sobreviviendo en condiciones de desventaja o de carencia en diferentes formas. Probablemente hombres y mujeres que no saben lavarse las manos o adoptar nuevos hábitos de higiene por la sencilla razón de que no poseen agua potable suficiente y de calidad en sus comunidades. Personas que al hablarles de un "gel", a lo mejor no sabrán exactamente de qué se está hablando; menos disponer de recursos para saturar una alacena que nunca ha existido pues el "vivir al día" es la norma.

Aquella gente que no puede darse el lujo de cambiar sus hábitos aunque quisieran pues viven en un entramado de condiciones desfavorables que les atan, tanto física como emocionalmente. No ignoro que quien quiera puede cambiar, sé que hay casos en donde esto es

posible, pero también sé que los hay que no tendrán ese mismo alcance. Gente linda, con mucha fe en Dios, su más grande posesión y esperanza.

A lo mejor este sea otro escenario del Coronavirus al que debemos sensibilizarnos. Especialmente en países como Guatemala en donde el sistema de salud es débil en muchos aspectos. Kilómetros separan a muchas comunidades de un centro de salud u hospital. Otros kilómetros lo hacen respecto a la calidad de servicio o provisión de medicamentos frente a una emergencia. No nos sorprenda que, aun siendo uno de los últimos países en registrar casos del virus, haya más resultados mortales de los que registren otros países que tiempo atrás vienen tratando con el problema.

Saldremos adelante, no lo dudo. La historia da fe de experiencias similares en el pasado. Pero ¿Cuál será la lección detrás de todo esto? Dios quiera que no sólo sean números. En memoria de las víctimas mortales, la humanidad misma debiera exigir más compromiso ético en quienes hacen alarde de sus avances científicos a fin de que la vida sea garantizada para todas las personas en todos los lugares. En memoria de ellas y ellos, los gobernantes de las naciones, funcionarios públicos y las entidades privadas (especialmente la industria farmacéutica y el sector médico privado) deben volcarse a la población a la que se deben sin escatimar esfuerzos de ningún tipo.

Una lección también para quienes asumimos el impacto de esta pandemia, pero con ciertas facilidades que muchos otros no tienen. Porque esta experiencia nos abre la oportunidad de velar por alguien más aparte de nosotros. Especialmente en países donde nos identificamos con una fe cristiana, esta experiencia no sirve para medir la fe o para buscar culpables, menos para sacar partido del miedo y la incertidumbre, pero para demostrar el amor de Jesucristo a nuestro prójimo. A lo mejor sirva como paradigma recordar al hombre de Nazaret (Mr.1:40-45) no ignorando a quien clama desde su enfermedad.

Finalmente, mientras atendemos a las recomendaciones del caso, intercedamos por quienes ya están sufriendo directamente la enfermedad, sus familias, y las autoridades a cargo de apoyarles. Más preguntémosnos ¿Qué más podemos hacer por nuestra gente? ¿Cómo velar también por la salud de otra persona? ¿Qué aporte tangible puede servir a quien está más vulnerable ante esta situación? Propongo que hagamos de esta experiencia, una de solidaridad y amor, hagamos trincheras comunes frente a esta situación.